



GRETE MOSTNY

Ser mujer: un privilegio para mí...

DICEN que es una sabia. Grete Mostny, antropóloga y ex directora del Museo de Historia Natural, dedicó su vida a la investigación científica. Doctorada en Filosofía e Historia, dedicó gran parte de su vida a conocer y dar a conocer Chile prehistórico a través de sus investigaciones arqueológicas y etnográficas. Esta mujer incansable jubiló el año recién pasado y no se fue a casa. Simplemente se cambió de museo: ahora está en el de Arte Precolombino -"gracias a Dios no soy la directora, ahora he vuelto a la investigación"- y conserva sus labores de docencia en la universidad.

Hace algunos años Grete Mostny saltó al plano noticioso y, por una vez, no se debía a su labor científica. Fue cuando se casó con Juan Gómez Millas, el ex rector de la Universidad de Chile. "Eramos colegas, sólo que él hizo carrera más rápido que yo", dice riéndose. Es agradable y con una voz muy cálida, que aún conserva el acento europeo, cuenta algo de su vida, tan llena de interés y quehacer.

Ya era antropóloga cuando llegué a Chile. Había estudiado en Viena y luego debí revalidar mis títulos en Bélgica. Tenía la in-

tención de quedarme a vivir en ese país, pero era el año 39 y la situación mundial se veía complicada. Di todos mis exámenes, saqué mi título y me embarqué a Chile con mi madre.

¿Por qué eligió estudiar antropología?

-Desde pequeña me había interesado, a pesar de que muy pocas mujeres estudiaban esta especialidad. En Chile no existía, pero en el mismo barco supe que el director del Museo de Historia era inglés y me fui a verlo. Era un hombre de mucha edad, estaba enfermo y no había sucesor. Así que yo era la sucesora.

¿Usted participó en la recolección de piezas del Museo?

-Sí, he hecho constantes excavaciones en el Norte de Chile y estudios desde Arica a Tierra del Fuego.

Hicimos excavaciones arqueológicas e investigaciones etnográficas. Las primeras, cerca de La Serena y después en Arica. Buscábamos cementerios indígenas y removíamos conchales, y en base al material recogido podíamos reconstituir un poco el pasado milenario. Años más tarde, participé en investigaciones acerca de

los onas y yaganes y también de los araucanos.

¿Esta es, entre sus actividades, la que más le gusta?

-A mí me encantó el trabajo en el Museo, no tiene nada que ver con un trabajo que se hace detrás del escritorio de nueve a seis de la tarde. La gente siempre nos pregunta si sacamos el polvo de las cosas... ¡Si había tantas cosas por hacer cuando era directora del Museo, que incluso dejé mi carrera científica y sólo ahora he vuelto a investigar! Sucede que los museos tienen que atraer público, ya que tenemos la competencia de las vitrinas comerciales, y así como ellos venden sus cosas, nosotros debemos vender las ideas. No es posible llenar las vitrinas con objetos que nadie entiende y es necesario darles un sentido y un desarrollo a las materias.

He tenido poco tiempo libre. El trabajo de investigación es absorbente, uno no puede cerrar la puerta y olvidarse del asunto. Es verdad que siempre he sido inquieta y siempre me gustó hacer cosas: renovar el Museo, investigar, fundar la Escuela de Museología, crear las Juventudes Científicas -tuvimos catorce centros de antropología, astronomía, física,

matemáticas y todo lo que pueda interesar a un muchacho- y restaurar la parte del Museo que se encontraba en ruinas desde 1927.

Usted cultivó una ciencia con intensidad, ¿cree que para una mujer es más difícil lograr esta dedicación profesional?

-Yo creo que las mujeres son tan inteligentes y tan aplicadas como los hombres. Hay mujeres estúpidas, flojas y superficiales, así como también hay hombres estúpidos, flojos y superficiales. ¿Si los niños limitan, al menos cuando son pequeños, una labor profesional? Esa es una situación diferente que yo no la he tenido y en ese sentido me he visto favorecida. Nunca me he sentido discriminada o distinta por ser mujer. En mi experiencia, ha sido una ventaja y un privilegio para mí..., alguna vez fui joven y bonita y los hombres eran muy amables.

¿Ha tenido otros privilegios?

-Creo que he tenido mucha suerte al haber venido a Chile, haber podido llegar al Museo de Historia y trabajar en lo que me gusta, y haber encontrado aquí ahora a mi segundo marido.

¿Todo eso es suerte o su mérito?

-La suerte sola no es bastante, pero el trabajo solo tampoco es bastante.

Cuéntenos de su encuentro con Juan Gómez Millas.

Nos casamos hace poco más de tres años. En el Departamento de Historia trabajábamos juntos. Eramos amigos desde hace tantos años, desde la década del 50 en la universidad. Amistad con interrupciones, pero siempre habíamos estado en contacto... Yo quedé viuda primero, y luego, cuando murió la señora de él, nos casamos.

¿Las ventajas de un matrimonio a esta edad madura?

-Es muy difícil estar solo y así uno puede tener un compañero con el cual conversar, intercambiar intereses y más aún con un hombre como Juan. Es más fácil y agradable esta vida en compañía y entrega grandes satisfacciones. Es otro tipo de matrimonio que a los dieciocho años. Cuando una es joven tiene una idea del príncipe azul y del castillo en el cual va a reinar, y el matrimonio no es nunca así. Al entrar con muchas ilusiones, se es muy intransigente y por ello resulta difícil para los matrimonios jóvenes adaptarse mutuamente.

Después de tantos años de trabajo, ¿usted sigue sin tiempo libre?

-Ahora trabajo sólo en las mañanas. En las tardes estoy tejiendo, cosiendo y también paso ratos ocupada en el jardín..., pero no mucho, porque a mi marido le encanta y peleamos. El resto del tiempo, leer y estudiar. Recién fue entregada una publicación que hicimos con Hans Niemayer -mi sucesor en el Museo- sobre arte rupestre. Lo cierto es que ahora tengo algo de tiempo para investigar, tarea que siempre postergué durante mi carrera.

